

VII

El hombre puede ser considerado como un animal entre los animales que viven sobre la tierra; puede considerársele como miembro de la familia, de la sociedad, del pueblo en que vive; puede, y hasta debe en absoluto (porque la razón le arrastra á ello fatalmente) considerarse como parte del mundo infinito que vive en el tiempo infinito. He aquí por qué el hombre razonable establece siempre, además de su relación con los fenómenos más próximos de la vida, su relación con todo el mundo infinito en tiempo y espacio, por consiguiente, incomprendible para él, mirándole como una sola unidad. Y este establecimiento de la relación del hombre con ese incomprendible de que se siente parte y el cual le sirve de guía en sus acciones, es lo que se llama la religión. He aquí por qué la religión fué siempre, y no puede cesar de ser, una necesidad, la condición absoluta de la vida del hombre razonable y de la humanidad que piensa. La verdadera religión es la relación establecida por el hombre entre la vida del hom-

bre razonable y la de la humanidad qte piensa—LEÓN TOLSTOI.

La religión (desde el punto de vista objetivo) es el reconocimiento de todos nuestros deberes por mandamientos de Dios. No hay más que una religión verdadera, aun cuando existan muchas creencias distintas.—KANT.

El mal que aqueja á los hombres de nuestro tiempo, proviene de que la mayoría están desprovistos de lo único que sirve de guía razonable á la actividad humana: la religión. Pero no es esa religión que consiste en la fe, en los dogmas, en el sentimiento de lo que procura una distracción agradable, consoladora, excitante, sino la religión que establece las relaciones del hombre con todo, con Dios, y que, por lo mismo, da la dirección superior, general, de toda la actividad humana, sin la cual los hombres se colocan al nivel de los animales y aun más bajo que éstos.

Este mal, que conduce á los hombres á su pérdida inevitable, se manifiesta en

nuestro tiempo con una fuerza particular, porque los hombres de nuestra época, después de haber perdido el guía razonable de la vida y empleado todos sus esfuerzos en los descubrimientos y el perfeccionamiento de las ciencias aplicadas, se han creado un enorme poder sobre las fuerzas de la Naturaleza, y no teniendo guía para aplicar este poder de un modo razonable, lo han empleado en la satisfacción de sus necesidades más bajas, más groseras.

Y los hombres privados de religión que poseen un enorme poder sobre las fuerzas de la Naturaleza, se asemejan á niños á los cuales se diera por juguete la nitroglicerina.

Si vemos el poder de que disfrutaban los hombres de nuestro tiempo y su manera de emplearle, sentimos que por el grado de desarrollo moral, los hombres no tienen derecho ni á gozar de los caminos de hierro, del vapor, de la electricidad, del teléfono, de la fotografía, del telégrafo sin hilos, ni aun de aprovecharse del simple trabajo del hierro y del acero, porque no emplean estas ventajas sino en la satisfacción de

sus deseos de distracción, en el desorden, en la destrucción mutua.

¿Qué hacer, pues? ¿Rechazar todos los progresos de la ciencia, todo el poder adquirido por la humanidad? ¿Olvidar cuanto se aprendiera? Esto es imposible.

Por malo que sea el empleo que se haga de tales adquisiciones de la inteligencia, son éstas, no obstante, adquisiciones de las cuales no se puede el hombre olvidar.

¿Cambiar las uniones de los pueblos, que se formaron á través de los siglos, y establecer otras nuevas? ¿Difundir la ciencia? Todo esto ha sido ensayado y realizado con gran celo. Todos estos mal llamados medios de mejoramiento son la causa principal del olvido de sí mismo, de la conciencia, y por tanto, la pérdida inevitable.

Las fronteras de los Estados cambian, las instituciones cambian, las ciencias se difunden; pero los hombres, con otras fronteras, con otras constituciones, con una ciencia próspera, continúan siendo los mismos brutos, siempre dispuestos á despedazarse, ó los mismos esclavos mientras los

guíe, no la conciencia religiosa y la razón, sino las pasiones y las influencias extrañas.

El hombre no puede escoger. Debe ser el esclavo de otro esclavo más desvergonzado y más malo, ó el esclavo de Dios, porque el hombre no tiene más que un medio de ser libre: unir su voluntad á la de Dios.

Los hombres privados de religión, los que niegan ésta, los que reconocen por religión esas de los dogmas grotescas formas exteriores, y que no se guían más que por sus pasiones, por el miedo, por las leyes humanas, y principalmente por el hipnotismo mutuo, no pueden cesar de ser brutos ó esclavos, y ningún esfuerzo exterior puede sacarles de este estado, porque sólo la religión hace al hombre libre.

Y la mayor parte de los hombres de nuestro tiempo están exentos de religión
